el elector de Baviera, el cual ocupó á Ulm y Memmigen, y obligó al ejército aleman á retirarse. Entretanto, una escuadra anglo-holandesa de cincuenta velas, con mucha gente de desembarco, á las órdenes del duque de Ormond y bajo la direccion marítima de los almirantes Allemond y Booke, se dió á la vela desde aquellos puertos el primero de Junio, pasó por Lisboa, donde se le unió el príncipe de Darmstadt, aconsejador de aquel proyecto, se presentó en la aguas de Andalucía, difundiendo su presencia gran terror en los sorprendidos españoles, muy escasos de fuerzas y muy poco preparados contra aquel género de ataque; efectuaron el desembarco por la costa de Cádiz, y se apoderaron de Rota y del Puerto de Santa María, donde cometieron lamentable saqueo.

Atacaron despues á la misma ciudad de Cádiz, desprovista á la sazon de gente y municiones; pero rechazados por los habitantes de la plaza y sus contornos, que llegaron con gran denuedo al combate, exasperados por los ultrajes anteriores y estimulados por el riesgo de sus hogares, hubieron de retirarse los invasores, y siguieron cruzando por todo aquel mar para esperar la flota que venia de América. Esta, prevenida del acecho, entró en la ria de Vigo, adonde el 22 de Octubre llegó tambien en su persecucion la escuadra anglo-holandesa, cuando todavía los buques españoles no habian echado en tierra su rico cargamento. Aquel sitio estaba tan bien defendido cuanto lo permitian las circunstancias y la inminencia del peligro: dos castillos de poco aguante y una cadena defendian la entrada del puerto, y una escuadra francesa estaba allí tambien para ocurrir á lo que se temia; pero nada de esto aprovechó. Rendidos los fuertes, rota la cadena, y vencidos los franceses despues de una mortífera refriega por la muchedumbre de los enemigos, disponíanse éstos á entrar á saco en los buques de la flota, cuando su jefe, D. Manuel Velasco, despues de haber procurado en valde salvar lo más precioso que traia mandó pegar fuego á sus buques, ejemplo de heróica desesperacion que imitaron á su vez los franceses. Logró el contrario apoderarse sólo de nueve buques de guerra y seis galeones: todos lo demas perecieron, y parte de los tesoros que contenian, arrojada por las olas á la playa, cayó en poder de los paisanos. Mucho sintieron los vencedores la pérdida de aquel despojo con que tan seguramente contaban: aún en nuestros dias han hecho los ingleses tentativas para cobrar lo que les habia quitado de las manos el heroismo de los vencidos. Triste y al par memorable jornada fué aquella, en que la mar quedó teñida de sangre y cubierto de riquezas su fondo. Cundió por toda España la noticia del desastre, y la consternacion fué por do quier tan grande como habia sido la ruina.

Otro suceso ocurrió en pos de este, de muy diversa naturaleza, pero tambien de muy desfavorable influencia. El almirante de Castilla, Enrique de Cabrera, uno de los primeros próceres, hacia tiempo ya que andaba en malos tratos con nuestros enemigos. El fué quien fomentó en los ingleses la idea de la pasada expedicion, olvidando por sus particulares intereses y ódios, lo que como español debia á su patria. Ahora, aprovechándose de la confusion que reinaba, despues de haberse puesto de acuerdo con la córte de Viena, pasó artificiosamente á Portugal, acompañado de una lucida compañía de parientes y servidores, para hacer creer que con él desertaba de la causa de Felipe V la flor de la nobleza castellana, y desde allí empezó á maldecir por todos estilos de la presente dinastía, tratándola en libelos y manifiestos de intrusa y advenida al trono de España por falsificacion. Hecho aislado fué este; pero hecho de mucho bulto y trascendencia, si se atiende á la importancia del personaje y al influjo que tuvo su deservicio en la opinion y planes de nacionales y extranjeros.

En situacion tan lastimosa encontró Felipe á su reino cuando volvió de Italia en 1703, verificando su entrada en Madrid el dia 7 de Enero. Enfurecidos andaban los partidos, revuelto el espíritu público contra la despótica dominacion de Luis XIV, cuyos manejos habian descubierto sus dos más halagüeños servidores, Portocarrero y Arias, con el mútuo enojo que reinaba entre ellos. La reina, inteligente para el mando y sumisa á los imperativos consejos

de Luis XIV, fatigábase en vano para mantener en buen temple aquella lucha de pasiones, sobreescitadas en el vulgo por el espectáculo de los recientes desastres. Amenazaba refluir sobre el rey gran parte de la animadversion con que miraban los españoles á su abuelo, y sin embargo, apreciaban á aquél, y lo recibieron muy bien cuando su entrada en Madrid, más por su persona que por su gobierno.

Seguia dirigiendo los asuntos, como siempre, la princesa de Ursinos, principal inteligencia de Luis XIV en la córte de España, asistida por el conde de Montellano, hombre de buen carácter y de sentido recto, bien quisto con todos y muy idóneo para lo que de él se exigia. Al par que se iba levantando este nuevo astro en el horizonte político, iba en aumento la impopularidad del cardenal Portocarrero y del presidente de Castilla.

Continuaba Luis XIV en su mala política con los españoles, dormido en la falsa seguridad que le habian infundido algunos cortesanos ansiosos de medro, temiendo más que su nieto rechazase su dominio que no la oposicion nacional, y creyendo ciega y temerariamente que podia durar aquella absurda tutela. Habia venido como embajador de Francia cerca de Felipe V el cardenal de Estrées, hombre muy digno bajo todos conceptos, si bien deslustraba sus buenas cualidades un repugnante y desmesurado orgullo. Juzgábase rebajado con su nueva mision, creyéndola muy humilde para su clase ó muy pueril para su talento: sus alardes de superioridad descontentaban á todos, y él mismo estaba descontento porque no se tributaban á su superioridad todos los homenajes que él quisiera. Esta mala cualidad del cardenal de Estrées convirtió en poco tiempo la córte en un semillero de intrigas y agitaciones: empezó el embajador abusando con desmedidas pretensiones de etiqueta, pretensiones que desazonaron á Felipe y que Luis XIV sostuvo enérgicamente, haciendo mediar ofensas y disgustos entre los dos monarcas. Entró asimismo en secreta pugna con la princesa de Ursinos, cuya superioridad le desplacia, y con quien debia segun sus instrucciones, trabajar de acuerdo. Chocó tambien sobre frívolos motivos con Portocarrero, exigiendo de él que las decisiones de su ministerio fuesen celebradas, no en casa del cardenal español, como se habia hecho hasta entónces, si no en la sala del consejo. Malquistóse por causas no más graves con cuantos agentes tenía Luis XIV en España. Resintiéronse éstos, y elevaron sus quejas á Francia, suponiendo allí que estaban en criminal connivencia el cardenal de Estrées y la princesa de Ursinos, cosa improbable, puesto que ambos personajes, atendidos su carácter y circunstancias, más condiciones tenian de rivales que de aliados.

Pusieron estas quejas en recelo á Luis XIV, el cual recomendó á su embajador la prudencia y el respeto á la etiqueta, que mantuviese contento á Portocarrero, y que mitigase con suavidad el descontento de los españoles. El cardenal d'Estrées y su sobrino, abate satírico ambicioso, maquinador y petulante, que abrigaba esperanzas de suceder en la embajada á su tio, habian proyectado introducir alguna semilla de discordia entre el rey y la reina, á fin de que, menguado el influjo de ésta y aniquilado el de la princesa, no quedasen á Felipe V medios morales para resistir á la dominacion de su abuelos: tio y sobrino se habian declarado ya en abierta lucha con la princesa, ofendidos de ver que el rey de España, por consejo de aquélla, despachaba sólo con el secretario de Estado, habiéndose negado d'Estrées á comunicarse con éste ni con el presidente de Castilla. La de Ursinos, por su parte, á quien el viejo rey habia retirado su confianza, escribió una atrevida justificacion, en la que se declaraba autora de la política existente, sosteniéndola como eficaz y digna, haciendo ver lo necesaria que era su persona para el buen mantenimiento de los negocios en España, y reprobando como inmoral y vana la torcida idea del embajador, á quien apostrofaba en términos harto despreciativos. Ofreció en seguida su dimision, que Luis XIV se apresuró á aceptar. Al mismo tiempo escribió á su nieto, con fecha del 4 de Febrero de 1703 una carta bastante dura, en la que le reprochaba su conducta con el cardenal de Estrées, y lo ponia en la grave alternativa de perder su apoyo ó de dar á su embajador

toda la importancia de un gobernante. «Hace dos años que reinais, le decia, y aún no habeis hablado como dueño, porque desconfiais de vos mismo sin poder dominar esa timidez;... pero apénas habeis vuelto á Madrid, han logrado persuadiros que podeis soportar sólo el grave peso de esa monarquía... Yo estoy fatigando mi reino. Por vos me he suscitado la enemistad de toda Europa, y España, insensible á los males que la amenazan, no ha contribuido en nada á su salvacion. Sobre mí han recaido los gastos y los trabajos, sin que yo haya tenido otra mira que sosteneros contra vuestros adversarios..... En vos llamo *ligereza* á lo que en otro llamaria *presuncion*.:. Escoged, pues, entre mi apoyo ó los consejos interesados de otros. Si os decidís por lo primero, haced que el cardenal Portocarrero vuelva al despacho, aunque no sea más que por seis meses; dad entrada en vuestro gabinete á mi embajador y al presidente de Castilla; no os encerreis en la vergonzosa molicie de vuestro palacio; presentaos á vuestros súbditos, dad oido á sus peticiones, hacedles justicia, proveed á la seguridad de vuestro reino, y cumplid, en fin, los deberes que os ha impuesto Dios al haceros rey. Si os decidís por lo segundo, lamento como próxima vuestra ruina. En este caso, advertídmelo á lo ménos, que, aunque corta recompensa de los servicios que os he hecho, la estimaré como considerable, por cuanto me proporcionará la facilidad de dar la paz á mis pueblos.»

Estas y otras semejantes expresiones sembradas en la correspondencia del monarca francés, punzaron en el alma al jóven rey y á su esposa, los cuales contestaron á ellas el primero con templada diguidad y la segunda con vehemente pasion, defendiendo la causa de la princesa de Ursinos, y mostrándose enconada enemiga del embajador francés y de su sobrino. «Me quitais á la princesa de Ursinos. Por temible que sea para mí éste, sufriríalo sin quejarme si sólo viniese de vuestra mano; pero lo que á la verdad me desespera, es pensar que lo debo á los artificios del cardenal y del abate de Estrées. Os suplico que me liberteis de la presencia de estos dos hombres, á quienes nunca dejaré de mirar como á mis más capitales enemigos.» Tambien Felipe V por su parte se puso en tren de defensa contra la arbitrariedad de su abuelo, mientras el cardenal, seguro de su triunfo, lo solemnizaba abatiendo á sus enemigos, tratando con desden á los reyes, sobornando al confesor de Felipe para hacerlo coadyuvar á sus planes, y distribuyendo empleos sin más autoridad que la instable que le daban las circunstancias.

En grande embarazo puso este asunto á Luis XIV, contenido por la viva resistencia de la reina, y temeroso de dejar humillado á su embajador. Empezó, pues, á transigir indirectamente con la princesa, y á inducir al cardenal por medios suaves á que depusiese su encono: ella, conociendo su situacion, se hizo exigente y pidió satisfacciones que se le dieron de un modo ó de otro, colmándola de públicas alabanzas y humillando al cardenal para contentar la altivez de su competidora. Esta fué la primera derrota que el rey de Francia sufrió en la córte de su nieto, derrota ocasionada por una de sus hechuras, y que aumentó la importancia de ésta al par que la circunspeccion del anciano monarca.

La de Ursinos no quedó en buen armonía con el cardenal, el cual, á su vez, tampoco le perdonó su abatimiento; pero sirvió con mucho celo y actividad la causa del gabinete de Versalles, promoviendo el proceso contra el almirante de Castilla y haciendo adoptar muchas útiles providencias propuestas de antemano por dicho gabinete. Ofreciósele una ocasion de humillar al cardenal con el motivo siguiente: habia encargado Luis XVI á su embajador que negociase con el rey de España la cesion de los Países-Bajos, y no habia obtenido más que esperanzas vagas. Súpolo la princesa, y entrando á su vez en estas negociaciones, logró y remitió á Francia en poco tiempo una formal promesa de esta cesion firmada por Felipe, haciendo contrastar así la eficacia de su valimiento y la rapidez de sus logros con la impotencia y lentitud de su rival. Empezaba á flaquear en el ánimo de Luis XIV el crédito de su embajador, cuando acabó de arruinarlo una alianza que formaron contra él y contra la misma princesa, si bien coabyuvando momentáneamente á las miras de ésta, el abate de Estrées, que, como dijimos, tenía aspiraciones de suceder en el cargo á su tio, el jesuita Daubenton, confesor del rey, y Orri y Louville, que odiaban al cardenal por los malos informes que habia dado de ellos. Los miembros de esta coalicion supieron aprovecharse de todos los ódios que habia concitado el cardenal contra sí propio, y los dos últmos personajes mencionados fueron á Francia con acuerdo de la princesa, cartas de Felipe V y documentos comprobantes, á exponer lo inconveniente, que era la prosecucion del cardenal en su cargo y la necesidad que habia de que lo reemplazara su sobrino. Esta visita no fué estéril: Luis XIV, si bien los despidió con inciertas promesas y anduvo algo remiso al principio, instó al cardenal para que se retirara de la embajada, y colocó en su lugar al abate d'Estrees. Entonces subió de punto la autoridad de la de Ursinos: cayeron Portocarrero y Arias del ministerio, el marqués de Rivas perdió autoridad y subió á la presidencia del gobierno el conde de Montellano, adicto á la favorita. Bajo la mano de ésta, siguió el gabinete una marcha desembarazada y casi independiente; conducta audaz, pero digna, por cuanto tendia á unificar los dos partidos de las casas de Borbon y de Austria y á devolverle á nuestra corona el lustre que le hacia perder la dominacion extranjera.

Pero entretanto formábase contra aquella mujer singular denso nublado de intrigas y maquinaciones: el nuevo embajador, que no la habia considerado sino como escalon para su ascenso, volvióse contra ella en cuanto dejó de creerla necesaria, y sin dejar de prodigarla halagos y deferencias mientras no fué conocida su doblez, la puso tan en mal con la córte de Versalles, que Luis XIV decidió destituirla y sacarla de Madrid. Es verdad que el astuto abate no se aprovechó de este logro, porque Felipe V, indignado contra él por sus arterías, obtuvo de su abuelo que lo separase de su lado, así como tambien á Louville. Felipe habia marchado hácia Portugal para acudir á la guerra, que, segun se referirá más adelante, ardia por aquella frontera, cuando Luis encargó á su embajador que consumase la desgracia de la de Ursinos, cosa muy difícil, porque en este punto esperaba hallar poco complaciente á su nieto. Salvároнse, aunque no sin mucho tiento, todos los obstáculos: cedió Felipe, más bien á embozadas amenazas, que á amigables exhortaciones; cedió por necesidad la reina, ocultando su despecho bajo apariencias de resignacion, y su favorita recibió la órden de partir destinada á Roma en el breve término de ocho dias. Obedeció sin replicar; pero prolongó el término, efectuando con mucha lentitud su viaje.

El duque de Grammont, sucesor del abate Estrées en la embajada de España, halló por una parte á la reina afligidísima por la desgracia de su camarera mayor, y por otra parte á su rey muy poco dispuesto á acceder á los deseos de María Luisa.

Entablóse una lucha pasiva entre el monarca frances y la jóven saboyana, empleando ésta toda la influencia que tenía con su esposo en contrarrestar cuantos designios concibiera aquél, y firme Luis en no deshacer lo hecho; colmando el uno de dones á los adversarios y la otra á los servidores de la princesa. Así fué que sólo con mucho trabajo obtuvo Grammont que saliesen del ministerio Orri y Canales, y que los sustituyesen Arias, Monterrey y Montralto, reinstalándose al marqués de Rivas en toda la plenitud de sus atribuciones. A pesar de todo, la inteligencia de la desterrada no se habia separado aún de la córte de Madrid, y el duque de Grammont reconocia aquel obstáculo en su lucha con la reina. Montellano consiguió dominar á los nuevos gobernantes; Luis XIV empezó á dejarse ablandar cansado de quejas y negativas, ó tal vez creyéndose débil para sostenerlas, y los partidarios de la de Ursinos empezaron á abrigar fundadas esperanzas por el favor de que iban gozando sus amigos, y el abatimiento en que iban cayendo sus contrarios. El punto de destierro de la princesa fué fijado en Tolosa, lugar más cercano que Roma á los centros de su política. Grammont, humillado por ésta que consideraba derrota, y desesperado de reducir á la reina, intentó abatir su poder, y para ello se concertó con el jesuita Daubenton, á fin de que en la oscuridad del confesionario

suscitase discordia entre los dos esposos. Logrado tenian su intento á medias, gracias á la debilidad de Felipe V, y el embajador escribió á su rey congratulándose como de un triunfo del éxito de este manejo; pero, muy contra las esperanzas de Grammont, le reconvino Luis XIV por lo hecho como por una torpeza; Felipe V, vuelto en sí, culpó á Daubenton por su abuso sacrílego y pidió otro confesor, y la reina, sabedora de lo acaecido, exigió de su abuelo político la separacion del duque. Accedió el rey de Francia, y más convencido que nunca de la poca seguridad que podia tener en el carácter de su nieto, y de la necesidad de granjearse la adhesion de la reina, quiso comprarla á toda costa, y para ello principió haciendo las paces con la princesa de Ursinos, á quien trajo á Versalles, donde fué colmada de tantas distinciones y ejerció tanto ascendiente, que llegó á escitar los celos de madama de Maintenon, y en consecuencia fué restituida á España con los más ámplios poderes. Entró en Madrid el dia 5 de Agosto de 1705, y es justo decir en honor suyo que no la enajenó su nueva fortuna, así como tampoco la habia abatido su pasada desgracia. Por la retirada de Grammont habia venido de embajador á España Amelot, hombre instruido y de buen tacto; el antiguo ministerio de Montellano, al cual se habia unido el marqués de Mancera, cayó por sus manifiestas tendencias á la emancipacion, subiendo al poder en su defecto D. Francisco Ronquillo y el duque de Veraguas, adictos á Francia. Orri fué reintegrado á su vez en la administracion de la Hacienda, marchando así todos de concierto, y desvaneciéndose los temores que habian abrigado de que se formase un partido anti-francés en las mismas entrañas del gobierno.